

les sobre los cambios introducidos en el tratamiento fiscal de la vivienda habitual en la reforma del IRPF de 1998, que parece haber corregido esta regresividad, aunque aún pueda criticársele su falta de neutralidad. En efecto, al haber desaparecido el límite porcentual sobre la base imponible sustituyéndolo por un límite cuantitativo, al haberse integrado en la base todos los gastos en vivienda, entre ellos los intereses de préstamos, y al haberse ampliado los porcentajes de deducción teniendo en cuenta determinadas circunstancias de los contribuyentes, cabe esperar que disminuya o incluso que desaparezca totalmente la regresividad que, según el trabajo de María Teresa Sánchez, podemos afirmar, con todo rigor desde ahora, ha caracterizado el régimen fiscal de la vivienda con anterioridad a esta reforma.

**Manuel Martín Rodríguez**  
*Universidad de Granada*

**Una interpretación liberal del futuro de España,**  
de Víctor Pérez-Díaz, Editorial Taurus, Madrid, 2002,  
149 páginas

Tal vez una de las ideas más interesantes que han aportado en las últimas décadas los autores inscritos en la corriente del postmodernismo es la de que todo texto, también por tanto los escritos por académicos, constituye una creación de la subjetividad de su autor. Éste no sólo debería ser consciente de ello, abandonando toda pretensión de reflejar "la verdad", sino hacer explícita su posición epistemológica a la hora de tratar de dar cuenta de la compleja realidad en la que vivimos. Víctor Pérez-Díaz procede de acuerdo con esta propuesta en su breve ensayo *Una interpretación liberal del futuro de España*. En las primeras páginas expone claramente los supuestos cognitivos y morales en los que se basa "su" interpretación del futuro.

Dos son sus premisas cognitivas: el individualismo metodológico, es decir, la consideración de los sujetos individuales (y no de los colectivos, como los pueblos, los países o las naciones) como los agentes principales, y el indeterminismo, o el carácter abierto del futuro. Y tres principios identifica como sus premisas morales: un orden de libertad asentado sobre un estado de derecho, o, lo que es lo mismo, un arreglo institucional que permita a los individuos ejercer la libertad con escasas restricciones más allá del respeto a la libertad de los demás; un patriotismo moderado, que comporta la defensa de una determinada patria como comunidad política particular en el seno de la cual se establece el orden de libertad; y una ética de la magnanimidad, esto es, una disposición favorable a comportamientos generosos y tolerantes, en definitiva liberales, con "los otros", lo que, en el fondo, implica interés y respeto hacia la alteridad. Estas cinco premisas representan los cimientos del argumento que, con lenguaje claro y estilo muy accesible, desarrolla Pérez-Díaz en el cuerpo central de la obra. Es aquí donde formula su propuesta

normativa de futuro liberal y analiza los factores que acercan o distancian a los españoles de él.

El autor expone los componentes esenciales de su opción liberal en los ámbitos de la economía, la educación y la investigación, la sociedad, y la política y el estado. En el terreno económico, la clave del futuro liberal reside en el funcionamiento de mercados (de trabajo, de productos y servicios) abiertos, competitivos y flexibles, regulados adecuadamente para garantizar la transparencia de las operaciones y la responsabilidad de los administradores. Además de establecer marcos de regulación efectivos, el Estado supervisaría las actuaciones de los componentes de la economía, pero no dirigiría su marcha, y asumiría sólo competencias limitadas en la protección social de los ciudadanos, incentivando la contribución de otros elementos del sistema de bienestar (las familias, las empresas y las asociaciones voluntarias).

El sistema de educación que encajaría con ese proyecto liberal tendría que proveer, además de una formación apropiada para desempeñar satisfactoriamente un oficio o una profesión, una buena educación general que enseñara a razonar ordenadamente y estimular a el desarrollo de un talante inquisitivo, y una educación liberal, consistente en la transmisión de conocimientos artísticos, literarios y filosóficos ligados al desarrollo de la cultura occidental. Asimismo deberían procurarse las condiciones para la promoción de la investigación en sus diferentes ramas. A ello podría contribuir un sistema de educación superior que funcionara de modo similar a un mercado abierto, compitiendo con una reputación y una oferta docente e investigadora de excelencia por estudiantes y expertos.

Semejante modelo educativo constituiría uno de los ejes de una sociedad de clases medias, "empresadora" o dispuesta a comportarse de acuerdo con una ética empresarial, que priorizara la educación, la vida en familia y la profesionalidad; una sociedad de ciudadanos interesados por la "cosa pública", relativamente participativos y abiertos hacia una inmigración capaz de aportar un potencial importante de dinamismo. De las iniciativas de una sociedad así definida, y no de las élites políticas, sociales, económicas y culturales, provendrían los impulsos de progreso. Sólo una clase política resuelta, pero con un margen de acción y manipulación social controlado por la ciudadanía, operando dentro de un estado poco intervencionista y que no tratara de acaparar funciones y responsabilidades individuales, sería compatible con el modelo liberal esbozado por Pérez-Díaz.

Ese futuro liberal, deseable para el autor, es, según él, también posible. Ahora bien, determinadas manifestaciones de la realidad española le inducen a pensar que nos hallamos bastante distantes de semejante escenario. La distancia que nos separa de él es, no obstante, mayor en unos terrenos que en otros.

Así, resulta menor en la esfera económica, donde en los últimos años se ha producido una apreciable, aunque incompleta, apertura y flexibilización de los mercados. También la sociedad española muestra indicios de creciente dinamismo y confianza, como se desprende, por ejemplo, del importante aumento de afilia-

ción a asociaciones voluntarias. Más centrada ideológica y electoralmente, exhibe prudencia en el manejo de la pluralidad que la caracteriza, si bien arrastra rémoras de clientelismo y elitismo contradictorias con el modelo de una sociedad abierta. En cuanto a la clase política, aunque ha dado muestras de pragmatismo y rapidez para adaptarse a circunstancias externas e internas, es morosa a la hora de introducir cambios que reduzcan la intervención del Estado, y renuente a ceder protagonismo a la sociedad. La inercia de las tradiciones de pensamiento marxista y católico-conservador en la izquierda y la derecha se hace ostensible en su confianza en la capacidad de organizar y solucionar problemas desde arriba, así como también en la proclividad a la exhortación (frente a la deliberación) y el compromiso partidista de profesionales, líderes sociales, económicos y culturales que forman la "capa social ilustrada" entre la clase política y la ciudadanía.

Pero el terreno que menos ha progresado hacia ese futuro liberal es el de la educación. Sin dejar de reconocer el valor de su extensión en las últimas décadas, Pérez-Díaz subraya que el problema hoy acuciante es de calidad, no de cantidad. El sistema educativo español opera más de acuerdo con criterios de cobertura que de excelencia. Este problema afecta en particular al sistema universitario, que proporciona una educación profesional aceptable, pero, igual que el de educación secundaria, fracasa en la provisión de una educación general y una educación liberal. Además, tampoco consigue aprovechar el potencial intelectual de los investigadores españoles y alcanzar un nivel de investigación que reduzca nuestra dependencia tecnológica del exterior.

Así pues, España se mueve a diferentes ritmos en distintos ámbitos. Pero estos movimientos asincrónicos ocurren en un marco general favorable a la evolución hacia el futuro liberal. Efectivamente, Pérez-Díaz aprecia una tendencia al afianzamiento de los mercados abiertos y competitivos en Europa, que coincide con el desdibujamiento de la relación entre el mapa de las identidades colectivas y el mapa político, la creciente difusión del poder político y un aumento de la complejidad institucional. Estos indicadores respaldan la posición de quienes defienden una visión de Europa como una "superpotencia civil", con aparatos estatales (europeo y territoriales) adelgazados y verdaderamente compatibles con un orden de libertad.

El ensayo de Pérez-Díaz posee una de las virtudes más importantes que puede haber a una obra de estas características, la de estimular la reflexión y generar preguntas interesantes y no obvias. Entre las muchas que me han surgido, sólo esbozaré aquí dos. La primera se refiere a cómo surgen esos órdenes de libertad por los que el autor apuesta, y la segunda, a la posibilidad de que determinadas consecuencias, aparentemente necesarias, de la aplicación de principios fundamentales del modelo limiten la factibilidad del mismo. Ambas giran en torno al desarrollo de una ciudadanía que razona y debate sin pasiones partidistas sobre los asuntos que le conciernen en tanto pieza maestra de la comunidad política.

De acuerdo con el argumento que elabora Pérez-Díaz, el futuro liberal puede alcanzarse a través de

las iniciativas espontáneas, escasamente coordinadas de los ciudadanos. Los teóricos de la elección racional nos han enseñado, sin embargo, que los individuos actúan cuando aprecian que de la acción se deriva un interés particular claro o cuando poseen otro tipo de incentivos para hacerlo. Si aceptamos esta premisa razonable, entonces resulta un tanto difícil esperar que los ciudadanos, por propia convicción y sin más incentivos que los que encuentran ahora, cambien sus comportamientos en la esfera pública, que se hagan más reflexivos, deliberativos y participativos. De hecho, Pérez-Díaz parece reconocer implícitamente esta limitación cuando afirma que la factibilidad del proyecto depende del empeño que pongan "determinados individuos" en "persuadir a sus compatriotas del carácter posible y deseable de un futuro estado de cosas en el país" (12). En el mismo sentido, la referencia a "la gran estrategia liberal" (123) apunta hacia una intervención decisiva de determinados líderes. Cuánta intervención "persuasiva" y "estratégica" se precisa y hasta dónde es conciliable con el principio fundamental de no constreñir la libertad individual, son preguntas de muy difícil respuesta. En cualquier caso, parece que el movimiento hacia ese futuro deseable implica mayores dosis de "constructivismo" que las que postula el modelo.

Por otra parte, si en la esfera de la economía seguimos, como sugiere el autor, el camino marcado por Estados Unidos (aprendiendo, en el mejor de los casos, de los graves errores cometidos en este último año por algunas de sus empresas más paradigmáticas) y reducimos las prestaciones públicas de bienestar al mismo tiempo que promovemos la asunción de mayor responsabilidad individual por parte de los ciudadanos, cabe suponer que no tardará en aumentar ese segmento de la población cuyas privaciones le impiden desarrollar lo que se entiende por "una vida digna". Poco importa que este grupo de gente "pobre" disponga "con frecuencia de más recursos que las clases medias de ayer" (89) si, comparándose con la sociedad actual, se siente agraviada y genera conductas hostiles hacia los que tienen más éxito. Ya no es sólo que la mera existencia de este fenómeno nos incomode más o menos —acostumbrados como estamos a considerar la igualdad social como un bien fundamental—, sino que probablemente afecte a una de las condiciones de posibilidad de ese futuro liberal, en concreto la de contar con una ciudadanía activa y deliberativa. Parece dudoso que ese segmento "pobre" de la población, que en Estados Unidos alcanza aproximadamente a uno de cada cinco ciudadanos, pueda y quiera participar de una manera reflexiva y equilibrada en la esfera pública, pero quizá el problema no sólo les afecte a ellos. En efecto, el comportamiento de acuerdo con ese ideal de futuro liberal requiere una mente "liberada" de intranquilidad y ansiedad, y no lo puede estar si, por ejemplo, los problemas de seguridad, generados en parte por la considerable dimensión de esa población hostil al resto de la sociedad, preocupan excesivamente; ni tampoco si, para evitar pasar a formar parte (siquiera temporalmente) de ese segmento marginado de la población, los ciudadanos dedican tanto tiempo y tantas energías al trabajo, que apenas les quedan para otros menesteres (incluido el de atender a sus familias, con el posible riesgo de introducir en ellas graves tensiones y provocar altos índices de ruptura familiar).

Conseguir una sociedad de individuos más libres, más conscientes de sus propias capacidades y más dispuestos a emplearlas responsablemente es, también en mi opinión, un objetivo al que nunca deberíamos renunciar. En la necesaria y complicada discusión sobre la manera más aceptable para todos de aproximarnos progresivamente a ese objetivo, el ensayo de

Víctor Pérez-Díaz constituye un referente de indiscutible interés.

**Elisa Chuliá**  
*Universidad Nacional de Educación a Distancia*